

¿Perversión, pecado, enfermedad?

Por Marla Muñoz

Educadora popular y asistente del Programa de Educación Popular del Centro Memorial Dr. Martin Luther King, Jr.

(Especial para No a la Violencia)

La primera escena de contacto físico amoroso de dos hombres en la película *Brokeback Mountain* me causó algo así como un malestar, aunque esa no es la palabra exacta del sentimiento. Rechazo tampoco es lo que creo haber sentido. Tal vez fuera una cierta incomodidad.

Pero algunas razones me animaron a seguir mirándola: el tema, situado en mi interés por casi todo lo que tiene que ver con la gente; el hecho de que tenía algunas noticias anteriores de la obra y la sensación temprana de que estaba ante una buena película.

No adelanto cuál fue mi impresión final. Lo que quiero ahora es involucrarme más, como mujer común y corriente que soy, en las inquietudes, debate, revuelo o como quiera llamarsele a lo que, entre algunos y algunas, se ha abierto alrededor del tema de la homofobia, o más exactamente en torno a las últimas gestiones e intervenciones públicas del Centro Nacional de Educación Sexual (CENESEX) en su empeño por evitar que sean estigmatizadas, maltratadas y excluidas personas que la sociedad y sus múltiples mediadores y mediadoras han colocado en el bando de las “no normales”.

Una aclaración parece necesaria ahora mismo: soy una mujer heterosexual, lo que me ubica socialmente en el grupo de las personas “sin problemas” en lo que a orientación sexual se refiere, puesto que ese rasgo de mi identidad corresponde a “la norma”. Soy nacida, amantada y criada en una cultura heterosexista, lo que sí añade un dato adicional a mi manera de ver la vida, como le pasa a casi todo el mundo: estoy bajo la contingencia permanente de observar como anormal lo que no sea como yo misma.

Y desde ahí es de donde quiero compartir algunas ideas que rondan mi cabeza hace un tiempo y se impacientan cuando tengo delante algunos posicionamientos que, de modo sutil o directo, refutan la nueva mirada –no tan nueva en el mundo— que la institución nuestra encargada de la educación sexual levanta en la sociedad cubana.

“La diversidad es la norma”, *slogan* bajo el cual el CENESEX presidió la reciente jornada contra la homofobia, es reprobado por personas de algunas instituciones o grupos. Me parece que mucho más que por los cubanos y las cubanas de a pie. Y si es así, como creo, es porque para esas personas e instituciones la norma no es la diversidad. Definitivamente. Para esas personas la norma es la norma, pues. Es decir, es aquello que hemos entendido por tal desde que el mundo es mundo, que no tiene que estar necesariamente escrito en sitio alguno, y desde lo cual, con derecho absoluto, evaluamos, casi siempre negativamente, lo que es diferente a ella.

Sea de donde sea que haya venido ese alcance de la vida, que no es el caso detenernos en eso ahora, el hecho es que, desde esa perspectiva, nuestra manera de ser –socialmente hablando- *debe* obedecer a una regla, pauta, canon, modelo respecto al cual, a estas alturas, ya no cabe duda que hemos sido histórica y culturalmente moldeados, casi sin darnos cuenta la mayoría de las veces, en el más nutrido número de casos.

La verdad es que eso de dividirnos en “adecuados” e “inadecuados”, en “lo que tiene que ser” y “lo que no tiene que ser”, me parece al menos sospechoso desde el punto de vista de la justicia social. Porque advierto que, si la apreciación es así en relación con la orientación sexual, así mismo ha de ser en cuanto a color de la piel, a fe religiosa, a género y a todo ese montón de tipificaciones y significados que, querámoslo o no, han estado y están predeterminados y, llanamente, se han convertido en sentido común. Y nadie quiere ser de las personas que no tiene sentido común en la acepción en que el término se utiliza por casi todo el mundo en la vida sencilla, ¿verdad?

Por ese camino de “la norma es la norma” y dependiendo, claro está, de la ideología del grupo de poder del que esta haya salido, todas y todos acabaríamos siendo blancos, todas y todos heterosexuales, probablemente ateos y ateas o religiosas y religiosos (pero una sola de esas dos cosas y, en el último caso, si es de una única denominación, mejor), seguramente jóvenes. No seríamos todos hombres porque ahí la norma social hegemónica se entrapa, y aunque en las relaciones sociales ser hombre es “lo máximo”, si así fuera, ¿cómo se iba a garantizar la reproducción, uno de los estandartes de algunas de las maneras heterosexistas de interpretar

el deber humano ante la vida que el hecho de ser sexuados impone?, ¿qué se haría para perpetuar la necesidad ineludible a la moral y las buenas costumbres de, para ser una mujer de verdad, ser madre y esposa amantísima?, ¿cómo resolverían los hombres-hombres las obligaciones que su masculinidad les aconseja? No, eso no.

El caso es que, ante esta jornada en la que *Brokeback Mountain* se inscribe, he reconocido que determinadas posturas, aunque algo tímidamente para no parecer muy anticuadas, siguen dando cuenta en el fondo —que no es muy profundo, creo advertir— que ser homosexual es ser enfermo, lo que me parece un modo bastante edulcorado de calificarlo de pervertido o pecador. Ninguna investigación avala lo que voy a decir de inmediato. Pero me parece que no hace falta. Digo: es seguro que entre la comunidad de psicólogos y psiquiatras, como en cualquiera otra — sean sus integrantes del país y la cultura que sean— hay personas conservadores y las hay progresistas; hay dogmáticas y las hay abiertas; hay revolucionarias y hay reaccionarias. ¿No? Como creo definitivamente que sí, parto de eso porque me parece que aludir a que la decisión de la Sociedad Americana de Psiquiatría --para eliminar la homosexualidad de la lista de enfermedades-- tuvo una votación de 58 por ciento a favor y 42 en contra, es decir, que estuvo dividida (como casi todas las votaciones en este mundo, valga recordar), esconde, o más bien descubre, un profundo deseo de colocarla en el terreno de la duda. Y eso, como yo lo veo, es una manipulación, no digo que ilegítima, pero manipulación al fin y al cabo.

El fallo aludido, sin embargo, venga bien o no a nuestra manera particular de ver la vida, es un dato de la realidad: la homosexualidad no es una enfermedad. La segunda mitad del siglo XX entregó a la humanidad esa afirmación.

Cada vez parece ser menos frecuente hallar declaraciones públicas que se valgan de valoraciones como perversión o pecado para inculpar a personas cuya norma, en lo que a sexualidad se refiere, no es la heterosexual. Pero dudar si es o no una enfermedad coloca esa estimación bastante cerca de esos otros dos juicios de valor.

Con toda responsabilidad, en este caso me alejo respetuosamente de los textos bíblicos porque no tengo competencia alguna para interpretarlos. Pero competente para vivir la vida como cualquier hija de vecino, curiosa como suelo ser, lo cierto es que no he observado un solo caso en que persona homosexual alguna se haya “curado” para “regresar” a la heterosexualidad “normal”. Más bien lo que he advertido es que, cada vez más, hombres y mujeres homosexuales “salen del closet”, como se dice, aunque la frase no me gusta mucho. Y esa decisión --que teniendo en cuenta el machismo predominante significa, de inicio, vérselas con rechazo social o, al menos, en el mejor de los casos, con comentarios degradantes y miraditas indiscretas--, me parece de una honestidad y entereza que, si admitimos que somos personas justas que no queremos el sufrimiento del prójimo, hay que apoyar y celebrar.

Otra argumentación que he escuchado bastante para descalificar la apuesta-propuesta del CENESEX es aquella que se sostiene en la incertidumbre sobre el nivel de preparación de la población cubana ante cambios de esa naturaleza.

Lamento muchísimo ahora mismo no ser historiadora, pero seguramente no estaré diciendo un disparate si afirmo que todos los cambios culturales —y admitir la diversidad como norma de la expresión de la sexualidad humana es uno de ellos-- han tomado y toman, en todos los pueblos, en todas las épocas, largos períodos de tiempo, lo que a la vez afirma que el asunto de la preparación necesaria siempre es un reto a asumir, que muchas veces, más que eso, se toma como justificación negativa para dejar todo como está.

Hasta hace muy pocos años en Chile, por ejemplo, no existía el divorcio, práctica que el pueblo cubano en general, sin embargo, no asume como malvada, ¿verdad? ¿Será que durante tantos años no había en Chile una preparación ciudadana suficiente para lidiar con ese cambio cultural?, ¿será que había un rechazo genuino sobre el asunto a pesar de que, en franca hipocresía, sí existía una manera bastante enrarecida de separación?, ¿o será que una hegemonía poderosa se opuso a esa experiencia en aras del mantenimiento del *status quo* más tradicional y conservador? (y no es que el divorcio sea una diversión, pero sí es, sin dudas, un derecho, ¿o no?)

El cristianismo se legalizó como religión en el siglo IV, es decir, casi trescientos años después de Cristo. ¿Será que la gente, en todo ese período, no necesitaba otra religión que no fuera el politeísmo?, ¿o será que el poder imperial no estaba interesado en un cambio religioso tan drástico, a pesar de lo cual la transformación se produce, como me cuentan, precisamente durante un período de crisis de ese poder que se produjo por allá por el siglo III?

En la Polinesia que Gauguin pintó, en el siglo XIX, la existencia en las familias de varones travestidos, los mahu, era lo más natural del mundo.

Cuenta Vargas Llosa en una crónica sobre el particular que “Los colonos explicaron al pintor que, en la lengua maorí, el mahu era un hombre-mujer, una variante de los seres humanos que, aunque existía desde tiempos inmemoriales en las culturas del Pacífico, los misioneros católicos y protestantes, empeñados en una pugna sorda entre ellos por el adoctrinamiento de los indígenas, habían, sin embargo, demonizado y prohibido de común acuerdo desde que, a mediados del diecinueve, se aceleró la colonización de las islas”.

Y sigue diciendo el peruano –de quien no puede decirse siquiera que sea un hombre de izquierda, lugar desde el cual, como solemos reconocer, vienen los cambios más radicales y revolucionarios–, que “Traducir mahu por homosexual es arriesgado porque, incluso en las sociedades más permisivas de nuestros días, acompaña todavía a la noción de homosexualidad una sombra de prejuicio y discriminación, el supuesto recóndito de una forma de marginalidad, de anomalía. Nada de eso existía entre los polinesios antes de que la Europa cristiana viniera a inyectar una carga de malicia y censura sobre una institución que, hasta la llegada de los europeos, (...) era universalmente respetada y admitida como una variante legítima de la diversidad humana.”

En ese mismo trabajo Vargas Llosa cuenta el caso de una muchacha bellísima, que “cuesta trabajo imaginar que (...) fuera en algún momento un caballero”, quien “ha pasado por los bisturíes de un cirujano que (...) le implantó los enhiestos pechos que exhibe, pero aún no se ha hecho cambiar el falo y los testículos por una vagina artificial, porque la operación cuesta muy cara.”

A propósito de la preparación necesaria añadido que, a raíz de la exhibición en nuestra televisión de la telenovela “La cara oculta de la luna”, estuve en el centro de la isla, en lo profundo de Manicaragua, que, como se sabe, no es Nueva York. Durante una breve visita a una familia campesina se comentó la serie, en particular el episodio del constructor bisexual. A las tres mujeres de esa casa (abuela, hija y nieta, respectivamente) les parecía que “estaba muy bien”: “si es que hay gente así”, dijeron con toda naturalidad. Ellas no estaban alarmadas. ¿Estaban “preparadas”? A mí aquella comprobación, que vinculé con el adelanto que la Revolución ha significado en muchos campos, me produjo un orgullo enorme.

Entonces, ¿a qué tanta algazara con lo que hoy está pasando en Cuba con lo del reconocimiento de la diversidad sexual como norma, bastante tardíamente por cierto? ¿Por qué no festejar que en nuestro país la operación de reasignación de sexo en personas cuya transexualidad está científicamente demostrada se haya aprobado y sea gratuita, a diferencia de la Polinesia, además?

Claro que la herencia y vigencia de la cultura machista, y por lo tanto heterosexista, no es una bobería que se pueda sacudir de los hombros y ya. Naturalmente que no. Pero comprender que no hay una norma desde la cual se clasifique y juzgue de “bueno” o “malo” a lo diferente no me parece tan difícil siempre que esa comprensión sea precedida de un sentido hondo y comprometido sobre lo que es justo y lo que no lo es. Hay que educar sobre el particular. Y eso, creo yo, es lo que está haciendo, entre otras cosas, el CENESEX.

Cambiar de verdad -que cuesta trabajo, admitámoslo- es la única manera de verificar que he aprendido algo nuevo para bien, me decía ayer una amiga. Admitir que la sexualidad humana es diversa es aceptar honradamente un cambio cultural que impide el sufrimiento de las personas cuya identidad en ese terreno es diferente de la de la famosa norma patriarcal. Y eso es lo único justo.

Cuando mirar la primera escena de amor entre dos hombres en *Brokeback Mountain* me produjo eso que identifiqué como incomodidad, hice el esfuerzo que demanda mi decisión de ser revolucionaria por comprender que eso obedecía, con toda seguridad, a mis acumulados culturales: desde que veo cine, hace muchísimos años, sólo he visto besos de amor entre mujeres y hombres.

Con esa certeza vi la película toda. Preciosa, fina, de personajes nobles, con excelentes actuaciones, sin exageraciones, creíble. Al final, sin siquiera proponérmelo, me escuché decirme convencida: es una hermosa historia de amor.